

Corre prisa

MIQUEL ROCA JUNYENT

LA VANGUARDIA, 9.12.08

El proyecto de ley de Educación, el conocido como proyecto Maragall, ha ocasionado una viva polémica. Afortunadamente, debería añadirse, por cuanto lo triste hubiera sido que pasara desapercibido. La polémica es señal de cambio y este debe ser bienvenido cuando constatamos que el actual sistema se caracteriza por un fracaso que nadie pone en cuestión. Cambiar lo que no funciona es, como mínimo y de entrada, un buen propósito.

La contestación al proyecto viene, fundamentalmente, de ciertos colectivos de profesores. Su opinión debe escucharse, y su experiencia también, pero conviene recordar que no es ni la única ni puede ser decisiva. La educación de los jóvenes es también patrimonio y responsabilidad de los padres. A ellos incumbe analizar el proyecto que se les propone y decidir en qué medida encaja con sus deseos. También es responsabilidad de la sociedad en general -representada en el Parlament-, a los efectos de definir un sistema educativo del que depende el futuro del país.

Los profesores no son ni los destinatarios ni los beneficiarios del proyecto; son los instrumentos a través de los cuales los padres y la sociedad llevan a la práctica el modelo educativo que entre todos han decidido. Sus derechos deben ser respetados, pero también sus deberes recordados. Como siempre ocurre, en el equilibrio entre ambas funciones debe encontrarse la solución. Pero lo que no puede ser es que sólo a través de los enseñantes pueda concretarse el papel más activo de la

reforma. Esto ocurre en este campo y en otros muchos: justicia, sanidad, etcétera. Los operadores son múltiples, los usuarios también y, al final, la integración de todas sus voluntades debe concretar el interés general.

Ahora, con un posicionamiento muy decidido a través de la declaración suscrita por una amplia representación de la sociedad civil, no le faltará al proyecto Maragall el apoyo que precisaba. Y el Parlament catalán cuenta también con una orientación muy clara de lo que el país desea. Sólo falta avanzar decididamente, porque el tiempo apremia. No se puede jugar más tiempo con el futuro de nuestra juventud; ningún legítimo interés gremial puede oponerse a los padres y a la sociedad.

Corre prisa.